



## EL HUMANISMO DE ISIDRO FABELA

POR ARQUELES VELA.  
(periodista)

Los hombres de la Revolución se han sostenido difícilmente en su ideología. Azares políticos, religiosos y hasta sentimentales, influyeron en sus transformaciones o defecciones. Algunos, al calor de sus triunfos o al río de sus derrotas, prescindieron aún del ideal más caro y de la verdad más párvula, con tal de alcanzar de súbito el ideal más barato y la mentira más senil.

En su afán de ascender a cortar los frutos de una semilla que no germinaba todavía, claudicaban antes de la plenitud de los hechos sociales y de la madurez de su filosofía, canjeando los principios vulnerados por el acondicionamiento de su credo político, por prebendas y sinecuras, en apostasías increíbles y metamorfosis sólo aceptables en las mitologías.

Los corifeos del agrarismo, después de la traición al conductor de los movimientos reivindicativos por las tierras arrebatadas a los campesinos de los nuevos deslindes, volvían al antiguo apotagma de polvo eres y en polvo te convertirás. . .

Los filósofos del nirvana, después del fracaso de sus tentativas de llevar a la realidad los fundamentos de su doctrina del aniquilamiento; desilusionados porque la acción de Buda, con las manos y los pies atados en nudos ciegos, no alcanzaba sus miras puestas tanto en lo alto como en lo bajo de las ambiciones, retrocedían al dogma de que todo es inmutable y teológico.

Los sociólogos del nacionalismo, apoyándose en Miramón y en Santa Anna, retornaban a los conceptos de subyugación e hispanidad, como única fórmula de progreso social y seguridad política.

Entre los ideólogos militantes Isidro Fabela se ha mantenido

incólume al actuar con pensamiento y acción en la vida; al poner en práctica sus teorías, confrontándolas con el hombre en el convivio de la existencia diaria. De ahí parte su humanismo: de ver al hombre tal como es; de comprenderle actuando en la realidad de los hechos de la vida material y de su proyección en la vida espiritual.

Su humanismo ni se cubica ni proviene de citar en griego o en latín a los sofistas, o de conceptualizar a los sofistas como enredadores, escamoteadores de la razón, sino de deducir los fenómenos de la actividad humana; en el caso nuestro, comenzando por un estudio de lo que somos, qué nos proponemos, cómo debemos actuar para atañer los propósitos individuales y comunes al ideal de la convivencia social.

La imagen de México como unidad de esfuerzos materiales y espirituales; como síntesis de tradición y renovación —entendiendo la tradición no como una imitación de los más fuertes, sino como una relación con el tiempo y el hombre en su afán de cultura—, según el apotegma de Don Quijote de que si un hombre no hace más que otro, no vale más que otro... No hacer mal a nadie... y si por ignorancia hace un mal... hace el mal que no quiere hacer... por desconocerlo...

La imagen de México concebida como una fuerza propia al servicio de la libertad, de los derechos, de la creación de la mente humana, es la imagen que ha defendido internacionalmente, poniéndola después al servicio de la humanidad en la lucha por la intensidad y extensión de los valores humanos.

Con estos principios ha luchado por la soberanía del hombre y de los pueblos, en la tribuna, en la cátedra, en las letras; trazando su vial político y moral, según las enseñanzas de los paladines de la libertad universal que le sirvieron de ejemplo y han de servir de ejemplo a las nuevas generaciones de ahora y de mañana, por su fidelidad al hombre en el convivio social.

Su palabra es acción; su acción, principio de heroísmo...

\* \* \*

Isidro Fabela ha forjado su palabra buscando en la Naturaleza y en el hombre las equivalencias del sentido de sus ideas y sentimientos...

Cuando el sonido no corresponde a sus experiencias sensibles e intelectivas —por interposiciones transitorias de ruidos cotidianos— su inteligencia descubre las causas y encuentra los módulos para restaurar la armonía en el convivio de las ideologías y representaciones de un mundo que trata de descifrar el tiempo y las revoluciones de los períodos de la historia. . .

Desde allá viene su palabra. . . desde las primeras tentativas del hombre de fijar los conceptos y generalizar el sentido de los nombres destinados a los fenómenos, a los objetos y a los sujetos del drama consubstancial a la vida.

Al extraviar la palabra su sentido en el barullo de los congresos, de las tertulias, de las conferencias, de los concilios, de las confidencias, de los discursos; sus conocimientos de las relaciones intelectuales, y artísticas intervienen en la discriminación de los hechos tergiversados, restituyendo a la palabra el valor que había perdido en la Babel de las discusiones. . .

Una palabra suelta, enajenada, desviada, en impacto sin rumbo, vertida al azar de las controversias; al estamparse en su abecedario filosófico, precisa su intención y deja su receso comunicativo, articulando de nuevo su sentido prístino a fin de proporcionar al pensamiento el exacto medio de expresión.

De esta fidelidad de su palabra al sentido riguroso de la vida proviene la trascendencia de su magisterio, conductor y ejemplo de varias generaciones; su acción revolucionaria sin mácula, paralela a la de los grandes patricios del liberalismo; su gestión internacionalista, que deslinda las proyecciones del Derecho y linda las fronteras de la convivencia humana; su postura política, encuadrada en la geometría moral de Juan Montalvo, que deja en nuestros anales de reversiones y días nefastos, catilinarías ejemplares con los hechos de su vida pública; su periplo diplomático, que ha sido no sólo simple *agrément* de los protocolos, sino beneplácito de las relaciones mútuas en la convivencia de las naciones; su humanismo, que no es discusión sobre el hombre —halago o alabanza sofística, negación o detracción a *pro-rata*— sino reconocimiento de los iguales derechos humanos. . . porque sin igualdad de derechos no hay justicia y sin justicia no hay moral. . .

Con estos principios ha luchado por la soberanía del hombre y de los pueblos. . .

Con su palabra, en la cátedra, en la tribuna, en la vida, lle-

vada a la acción, ha trazado la trayectoria de los paladines de la libertad: semblanzas de los héroes cívicos hispanoamericanos —quienes según sus propios conceptos— han de servir de ejemplo a las juventudes de nuestros pueblos de ahora y de mañana... por su estatura heroica...

A esa misma altura ha quedado su nombre... entre los hombres que han servido por la libertad... y hubieran podido morir por ella... con la misma pasión entregada a las doctrinas que mantienen el ademán y el gesto vertical del hombre...

De allá viene su palabra... de los aforismos de su propia vida... de la convivencia con lo más puro de sus pensamientos y sentimientos, plasmados en la realidad de México, concebida como una fuerza autóctona presta a la defensa de los principios universales.

Hacia allá va su palabra... al unísono de la palabra del hombre... quien, como Isidro Fabela, sea un constructor o, por lo menos, un desbrozador de los caminos reales de la individualidad y de la colectividad... evaluadas como la energética social única en su conjunción de ideales comunes...